

cimiento de los hechos consumados en Italia nos cree una posicion más difícil para elevar la voz en favor de la Santa Sede; solo una cosa hay de cierto y positivo en la conducta que hasta aquí hemos seguido, y es, que todos nuestros esfuerzos han sido completamente estériles é ineficaces para el fin que nos propusimos.

»Por otro lado, el reconocimiento de los hechos consumados no es una mera teoría jamás puesta en práctica. España y Austria han seguido siempre esa política; y sin remontarse á épocas no muy distantes todavía, solo recordaré que en 1830 y en 1848 hemos reconocido, juntamente con el gobierno imperial, hechos que se consumaron en Francia, produciendo la caída de las dos ramas de la casa de Borbon, y aun, aproximándonos á épocas más cercanas, no es posible olvidar que la monarquía italiana ha sido reconocida por toda la Europa, con lévisimas excepciones, y que la misma Austria ha sancionado tácitamente la incorporacion al antiguo reino del Piamonte de una de las más bellas provincias que forman hoy parte del reino de Italia.

»Consignados los motivos de nuestra conducta en el despacho dirigido al embajador de S. M. en Roma, y siendo de todo punto innecesario entrar en nuevas explicaciones, concluiría aquí esta comunicacion si no me fuese imposible dejar de hacerme cargo de las observaciones que contiene la última parte del despacho del conde de Mensdorff al encargado de negocios de Austria.

»Participo plenamente de la opinion de ese señor ministro de Negocios extranjeros, de que es en efecto un punto muy delicado el entrar en apreciaciones respecto al estado interior de otra nacion; y hé aquí por qué no me creeria yo autorizado para hacer observaciones acerca de la situacion interior del imperio austriaco.

»Agradeciendo, sin embargo, el amistoso propósito que guía al señor conde, debería evitar el responder á apreciaciones de cuya mayor ó menor exactitud no puede haber más juez que el gobierno de la reina; pero son tan reiteradas las protestas que hace de que, al entrar en este terreno, no le mueve otra cosa más que un vivo sentimiento de amistad hácia nosotros, que creo corresponder á él tranquilizándole sobre los temores que parece abrigar acerca del trono mismo de la reina. Para ello basta solo recordar la historia. Huérfana y aun meciéndose en la cuna cuando murió su augusto padre, el señor don Fernando VII, vió combatidos sus derechos por un príncipe usurpador, á la cabeza de un partido fanático. Abandonada de casi toda la Europa, la nacion sacó á salvo, no solo sus legítimos derechos, sino las instituciones sobre que se asentaba su trono; y esas instituciones, que á los ojos de muchos parecian el más grave peligro, fueron su más poderoso escudo en la gran catástrofe de 1848.

»En aquella época, de triste recordacion para toda la Europa, no peligró un momento el trono de la reina, y no hubo siquiera necesidad de hacer el más leve sacrificio personal para salvar al ménos las instituciones monárquicas. España atravesó tranquila aquella espantosa crisis, y ese trono, merced á las

instituciones que le rodeaban, resistió impasible al huracan que puso al borde del abismo á antiguas monarquías que se consideraban inquebrantables.

»En concepto del gobierno, esas mismas instituciones que el Austria ha adoptado recientemente, esta íntima union que existe entre la corona y sus súbditos, salvarán otra vez el trono de nuestra reina, si algun peligro le amenazase; peligro que por fortuna no existe, y que el gobierno está seguro de evitar con su política liberal y conservadora á la vez, política que, adoptada en tiempo oportuno, hubiera quizás salvado á los soberanos que reinaban en Italia.

»Al expresarse en este sentido con Mr. de Mensdorff, ruego á V. E. que le exprese cuán vivamente siento que la política inaugurada por el gobierno de S. M. respecto de la cuestion italiana no esté de acuerdo con la que Austria, por razones que respeto, cree conveniente seguir; y que le asegure igualmente, lamentando que haya sobrevenido esta disidencia en nuestro modo respectivo de considerar esta cuestion, confio en que las relaciones entre ambas naciones serán, en todos los demás puntos, tan cordiales y tan amistosas como hasta aquí lo han sido.»

El reconocimiento del reino de Italia mereció los aplausos del partido progresista, con el cual quiso transigir el general O'Donnell procurando alejarle del retraimiento, á cuyo fin ofreció soluciones liberales, entre ellas la modificacion de la ley electoral, ampliando el sufragio, é influyó en palacio para separar del jefe del Estado los elementos que aparecian como más refractarios á la idea liberal. La reina entonces, aconsejada por su madre, deseaballamar al poder al partido progresista; pero este habia dicho *todo ó nada*, impulsado por la influencia de los olozaguistas y por los hombres de accion, y aunque hombres muy sensatos de dicho partido habian levantado la bandera de Constitucion de 1837 con Isabel II (que era en nuestro concepto la más patriótica que en aquella época se enarboló en España), los progresistas no abandonaron los trabajos revolucionarios, creyendo que ellos solos podrian derribar la dinastía y dominar despues el país. Verdad es que una idea grande y simpática á muchos unionistas y algunos moderados, la de la union ibérica, guiaba al partido progresista; pero ni la Revolucion podia obtener este resultado, ni la casa reinante de Portugal habia contraido compromisos de ninguna clase, ni los más entusiastas por la unidad ibérica habian encontrado una fórmula que no fuera pacífica y legal.

Vamos ahora á fijar un momento nuestra atencion, como ya otras veces lo hemos hecho, en un desgraciado acontecimiento que ha ejercido poderosa influencia en la marcha de la política. Nos referimos á la apari-

cion del cólera en Madrid, ocurrida al empezar el mes de Octubre de 1865.

### XXI.

Hay en el corazon una fibra sensible siempre; un sentimiento que responde constantemente al llamamiento que se le hace, y que, como Lázaro, se despoja del sudario que le encubre para responder á la voz de Cristo: «aquí estoy.» Esa fibra, ese sentimiento se llama *caridad*, lazo sublime que une á los hombres, que borra las condiciones sociales, que nos eleva á las alturas de los héroes y aquilata nuestro espíritu al nivel de la humanidad; don soberano con que Dios abandonó su hechura á todas las vicisitudes de la vida, providencia protectora depositada en el corazon del hombre para ser el apoyo de su hermano y luz que anuncia en él su divinidad.

Pregúntense á esas existencias, á las cuales su inquieto natural y sus condiciones de carácter han arrojado una y cien veces en las vicisitudes y amarguras del destierro, de la emigracion, de las persecuciones; preguntad al que ha visto desaparecer su fortuna y venido á extrema pobreza; preguntad á la viuda, al huérfano desvalido, al anciano imposibilitado, al perseguido por la justicia y al desventurado padre que vé amanecer y oscurecer el día sin hallar un recurso con que alimentar á su familia; en todos ellos y en cada una de las páginas que diariamente llenan el libro de su vida, encontrareis una alegría dolorosa, un sentimiento de gratitud que os señala, como con el índice, un acto sublime de caridad.

Pero estos sentimientos, constantemente en accion, siempre rejuveneciéndose al calor de sus obras, se elevan y engrandecen en ciertas ocasiones, y son la gran epopeya en accion que no podrian traducir el Tasso y Ariosto, porque ni la voz ni el pensamiento son bastantes para expresar la extension del sentimiento, ni describir la realidad del esfuerzo sobrehumano que es necesario para llevar á cabo el sacrificio que la caridad impone.

Volvamos por un momento nuestra memoria al año de 1865. La córte, poco antes bulliciosa y animada por la presencia de sus reyes y por la de las opulentas y numerosas familias que siempre la acompañan, se ve repentinamente despojada de su mejor adorno, y tras la reina, que marcha primero á Aranjuez y despues á la Granja, se dispersa ese séquito cuya presencia se anuncia siempre por su brillante esplendidez, por la animacion que produce.

Apenas instalados en sus residencias de verano, se hace sentir en Madrid el cólera-morbo epidémico con toda la intensidad con que este azote se presenta en su período de invasion. Acecha como víctima la pobreza, se ceba en ella preferentemente, y hace sus primeros estragos en los barrios del Sur.

Condicion es inherente á las grandes poblaciones la indiferencia y el olvido inmediato de esas catástrofes cuando no hiere inmediatamente nuestros sentidos, cuando no presenciarnos el triste espectáculo que presentan, suficiente para amedrentar el ánimo más esforzado y abatir un valor á toda prueba.

La epidemia no es el enemigo que combate; es el puñal asesino que hiere en la sombra á mansalva, impassible verdugo que, como la muerte que le sigue, no se detiene en la edad, la fortuna, la belleza, el oro ó las murallas; es el sér invisible que nos cerca y tiene en acecho, y que, como los malos espíritus de las leyendas fantásticas, se revela por sus estragos y nos amilana con el terror.

No hay contra la epidemia defensa; pesa sobre los que tiene bajo su influjo como la fatalidad, más penosa cuanto es más incierta, más terrible cuanto aumenta su mortífero poder. Ni el hermano puede despedirse del hermano, ni el padre de su hijo, ni el amigo de su amigo, sin el temor de verse separado para siempre una hora despues; terrible agonía que no comprende ni aprecia el que no ha sufrido su rigor.

El cólera, á la manera que el ejército que se concentra en un punto para fortificarse y despues llevar la muerte, á medida que se extiende, adelanta los barrios del Sur y se apodera de los del Norte, generalizándose su accion y llevando el espanto á todas las familias, descansadas antes y animadas por la confianza.

Era triste en aquellos días de duelo general transitar por donde quiera, porque en todas partes se veian vestigios de pena y desolacion. Era muy triste ver en los moradores de la opulenta córte los indicios de una fuerte preocupacion, el fresco llanto en los ojos, la impresion de una pena profunda en todos los semblantes, sin que uno ni otro día disminuyera, sin que los recursos ordinarios bastaran á las necesidades del momento, sin que nadie pensara en aquellos instantes en los infelices atacados que morian en las bohardillas en el mayor abandono, y cuya muerte sólo anunciaba la fetidez de la corrupcion.

Eran muy tristes aquellos días para el que, respetado por tan cruel enfermedad y ansioso de bus-

car, lejos del hogar que la pena oscurecía, una momentánea distracción, veía unos tras otros multitud de ataúdes que sin escolta, á la luz del crepúsculo y sostenidos por cuatro hombres, cuyo compasado paso daba al fúnebre cortejo cierto tétrico y fantástico aspecto, dirigíanse á los cementerios, en los que los cadáveres se amontonaban, como despues de las grandes batallas acontece, para darles sepultura por riguroso turno. En esos días, pues, en que el temor de la vida se apodera fuertemente del individuo y se embota en el corazón todo sentimiento, cada cual reservaba para sí todos sus recursos y se aislaba en medio de la sociedad para no ser víctima del contagio universal.

Abatido el espíritu público y desertando de la población cuantos podían hacerlo, é indiferente al parecer el gobierno al azote que le castigaba, todo aparecía con los sombríos colores de una inmensa desgracia imposible de evitar; lejos de eso, acreciendo en intensidad y tomando mayores proporciones la invasión, vino á someter á la población en masa á un pánico imposible de todo punto de describir.

Y bien: en esos momentos críticos de estupor general y de miedo, hubo media docena de hombres que, reunidos, como de costumbre, en la redacción de *La Iberia*, y despertándose en su corazón los más generosos sentimientos, intentaron, con más fé que recursos, la obra, casi ya imposible, de levantar el espíritu público, de socorrer á los que, desvalidos, estaban destinados á morir, y de auxiliar á cuantos pudieran necesitar un socorro. En la redacción de *La Iberia* quedó formada con sus redactores y el señor Aguayo, que con ellos se encontraba, la asociación de los *Amigos de los Pobres*; de esa redacción formaban parte cariñosos amigos nuestros á quienes consagramos este recuerdo.

La asociación no se detiene ante la imposibilidad de la realización de sus pensamientos. Sus haberes son los primeros que entran en fondo; sus propios efectos los que se llevan á las casas donde la miseria los hace necesarios; su acción se extiende al rico y al pobre, á todo el que necesita sus servicios; y no limitándose al socorro pecuniario y extendiéndose al cuidado material del individuo atacado, le asisten con el esmero de un hermano, le prodigan cuantos cariñosos cuidados pudiera encontrar en el seno de una familia querida, y arrancan á la muerte, en las bohardillas, en las casas de vecindad, en los sótanos ó en los elegantes salones, á cientos las víctimas á la muerte y á millares á la desesperación.

Los *Amigos de los Pobres* tienen por órgano á *La*

*Iberia*, que era á la sazón el periódico más popular; y como la caridad es contagiosa y el ejemplo anima y despierta el valor, aquella obra, verdaderamente apostólica, tuvo un éxito asombroso. Los *Amigos de los Pobres* se organizaron por barrios en Madrid, y su acción se hizo sentir desde el centro á todos los extremos. Bien pronto tuvieron á su disposición un excelente servicio sanitario, abundantes provisiones de ropa y boca, y fondos de cuantía para continuar su obra con holgura.

Nosotros presenciábamos muchos de aquellos hechos; nosotros admiramos el entusiasta celo, la caridad evangélica de muchos hombres de desahogada posición que llevaban sus socorros y sus consuelos á los desvalidos, entrando sin titubear en esos cuartos en que anidaba la miseria, en que la respiración se hacía difícil y donde el hombre no penetra sin exponerse á un contagio que puede producir la muerte.

Fué en el distrito de la Latina donde más tuvimos ocasión de presenciar rasgos de heroicidad sublime, acerca de los cuales la Memoria presentada despues de la epidemia dice lo siguiente:

«De pronto los *Amigos de los Pobres*, esa asociación digna de los primeros siglos del cristianismo, aparece en escena.

»De pronto también las juntas municipales de los distritos preparan sus legiones de bravos para combatir á quien combate, para matar á quien mata, para destrozarse, en fin, al cólera.

»La de la Latina acude á sus tiendas.

»Convocada y organizada por el teniente alcalde Sr. D. Manuel de Llano y Pérsi, empieza á funcionar sin intermisión en aquellas horas menguadas que todos recuerdan.

»Establécense turnos desde las seis de la mañana á las doce de la noche, y nadie quiere llegar tarde.

»Todos se brindan para el trabajo, que es el peligro; para el peligro, que es la muerte acaso.

»Y empiezan las visitas.

»Visitas que son estaciones amargas á calvarios más amargos.

»Muchas casas no son casas, son zahurdas.

»Muchas viviendas ni aun para establos servirían.

»Y allí, allí viven, ó mejor dicho, mueren criaturas racionales, inteligentes, hermosas, que se maravillan haya quien de ellas se acuerde.

»Y allí, allí, como los *Amigos de los Pobres*, como las juntas municipales en otros distritos, allí penetra la de la Latina para verter palabras de consuelo que cicatricen las heridas del alma, limosna en metálico ó especie que mitigue lo horrible del azote.

»Enemigos de alabanzas exageradas, y odiando la adulación decididamente, debemos decir lo que hemos visto, y no callar nada de cuanto hemos tocado.

»Por eso al ocuparnos de personas seremos parcos; pero hablaremos, porque debemos hablar.

»Gloria y no pequeña ha alcanzado el Sr. Llano y Pérsi en la campaña contra el cólera, por su celo, su actividad, sus visitas á los atacados, y su aquiescencia á cuanto la Junta le ha propuesto en bien de los pobres coléricos, habiéndose conducido, no como presidente de la Junta, y sí como el amigo, el compañero y el igual, en la silla presidencial y fuera de ella, de todos y cada uno de sus compañeros de la comision de socorros.»

Lo que decimos del distrito de la Latina puede hacerse extensivo á los demás distritos de Madrid, en todos los cuales prestaron tambien eminentes servicios las casas de socorro.

La asociacion de los *Amigos de los Pobres* se granjeó las simpatías de toda la poblacion, y el gobierno, en vez de agradecer y aprobar el caritativo celo desplegado por aquellos hombres que pusieron de relieve la poca actividad del poder establecido, procuró quitar toda importancia á dicha asociacion, queriendo demostrar que habia obrado impulsada por un fin político: el ministro de la Gobernacion pronunció en el Senado frases poco prudentes, que la opinion pública rechazó, y produjeron una manifestacion dirigida á los Cuerpos colegisladores, de la cual debemos copiar los párrafos siguientes:

«Para recordar lo que los *Amigos de los Pobres* han hecho durante el cólera, se necesita subir con el pensamiento á los dias del desarrollo de la enfermedad. Como quiera que la estacion avanzaba sin notarse cambio sensible en la salud pública, Madrid se encontraba descuidado, casi seguro de no ser invadido por el terrible mal. Las autoridades participaban de esta confianza, puesto que pocas, muy pocas medidas de precaucion tomaron. Ni siquiera se publicó una de esas advertencias higiénicas que en tales casos evita los escesos, y por consiguiente, la ocasion de las enfermedades. La supersticiosa seguridad de la salud de Madrid trascendia á las provincias, y Madrid rebosaba en gentes que venian á pedirle un asilo contra el mal. Y en esta seguridad, en esta ciega confianza, la muerte nos sorprendió de improviso, y en dos dias, especialmente en ciertos barrios, inmoló innumerables víctimas que algunas horas antes gozaban de salud y se espaciaban en la esperanza y en la alegría de la vida. ¡Qué espectáculo! ¡Los miasmas espesísimos y sofocantes; nubes plomizas pesando sobre todas las frentes como si fueran la gigantesca losa del sepulcro de todo un pueblo; el estertor del moribundo mezclado con el lloro de los deudos; sin tiempo los médicos para acudir á los enfermos, ni los sacerdotes para auxiliar á los moribundos; el terror lloviendo al mismo tiempo que la muerte de los aires, convertidos de laboratorios de la vida en laboratorios de la muerte! Nosotros comprendemos, nosotros excusamos el horrible aturdimiento de aquellos primeros momentos, y mucho más aquí en este país, donde por la falta de actividad individual no tienen los ciudadanos los recursos que

suelen tener en países más afortunados por ser más libres.

»No sabemos, no recordamos quién tuvo la idea de fundar la sociedad de los *Amigos de los Pobres*: fué una de esas inspiraciones supremas que nacen del seno de necesidades supremas tambien; fué uno de esos pensamientos, especie de antros misteriosos con que Dios ilumina las noches de los pueblos como ilumina las noches de la tierra. Lo cierto es que se reunieron unos pocos ciudadanos, juraron sacrificarse por sus semejantes, y cumplieron su juramento. Cuando salian de aquella reunion, se acordaron de que no tenían permiso de la autoridad. Pero ¿lo necesitaban? ¿Lo piden los náufragos para reunirse sobre la tabla que flota entre el hervor de las olas? Algunas palabras pidiendo á los que tenían y prometiendo á los que necesitaban, hé aquí todo el recurso á que apelaron en su angustia los *Amigos de los Pobres*. Cuando llamaban á los necesitados, solo tenían que ofrecerles sus esperanzas. Cuando llamaban á los poderosos, solo podian garantizar con su abnegacion, puesto que hasta sus nombres ocultaban. Unos y otros acudieron. Las manos de los ricos venian llenas y se iban vacías; las manos de los pobres venian vacías y se iban llenas. Aunque los recursos no eran muchos, y sobre todo, cuando se comparaban con las necesidades, la caridad cristiana renovaba á cada momento el milagro de los panes y de los peces. Con tan escasos medios conseguimos incalculables resultados. Baste decir que se repartieron en efectivo 161.273 rs.; en alimentos, 34.814; en ropas, 81.419; en honorarios á los facultativos, 6.906; en medicinas, 2.262; en carruajes, 12.953; en servicios y útiles extraordinarios, 12.423; y no se cuentan los innumerables donativos que en especies recibimos de tantas y tantas caritativas almas que se sintieron contagiadas por el espíritu de caridad que habia diseminado en los aires. Pues bien; con estos pequeños recursos hemos socorrido 2.106 enfermos, de los cuales solo hemos tenido en época tan aflictiva 130 muertos. Y cuenta que esta Sociedad, á quien se acusa de haberse procurado recursos para fines políticos, tuvo un rasgo que acaso no recuerda ninguna otra sociedad. Cuando el mal estaba en su auge, cuando la muerte dominaba á Madrid, cuando parecia que iba á prolongarse aquella horrible calamidad, los *Amigos de los Pobres* cerraron las manos y no quisieron recibir más donativos. ¿Hubiéramos hecho esto á ser cierta la imputacion incalificable del ministro que nos ha calumniado?

»Si los señores senadores hubieran presenciado aquel espectáculo hubiesen visto los moribundos vueltos á la vida, la atmósfera desinfectada, las familias recobrando su calma, la muerte burlada, victoriosa la caridad.

El único sér que ha maldecido de nosotros es el ministro de la Gobernacion. Pero como nosotros no buscábamos la aprobacion del poderoso, ni el oro de su presupuesto, ni la vanidad de sus insignias, ni sus frios plácemes oficiales, nosotros hemos encontrado lo que buscábamos, lo que no podrá negarnos ningun poder de la tierra, las bendiciones, las oraciones, las lágrimas de los menesterosos que nos

consuelan de la injusticia del que no nos ha visto, y del que ni siquiera es capaz, en la frialdad de su inteligencia, de comprendernos y adivinar los tesoros de caridad que se encerraban en el fondo de nuestras acciones.

»¿Cómo sería posible creernos tan malvados que fuésemos capaces de aprovecharnos del cólera, de la desgracia, de la agonía, de la muerte, para urdir cábalas políticas? ¿Cómo sería posible que fuésemos tan malvados que el oro traído para conjurar el cólera lo empleáramos en fomentar las cóleras políticas? El que tal ha dicho, acostumbrado á no ver más que esa triste beneficencia oficial, movida por los burócratas, alimentada por el presupuesto, especie de máquina donde no entra ningun resorte moral; acostumbrado á esa beneficencia oficial, no puede comprender el ardor, el entusiasmo, la fé, la abnegacion que inspira la libertad. Nosotros hemos visto á jóvenes volviendo materialmente el calor de la vida entre sus brazos á seres ya agonizando, cadavéricos. Nosotros hemos visto amortajar los cadáveres casi abandonados, cercanos á su putrefaccion. Especialmente nuestros médicos, que no se dieron punto de reposo; nuestros médicos, que aspiraron la muerte en el aliento ponzoñoso de los moribundos; nuestros médicos, que se han sacrificado por su ciencia, en medio de las venenosas ráfagas de muerte, esparcian la salud y la vida. ¡Oh! Si los ha llamado asesinos un ministro, los hijos que han vuelto á sus padres, los padres que han vuelto á sus hijos dicen que han sido los dispensadores de la vida. Los Cuerpos colegisladores tienen en la memoria que ofrecemos á su alta consideracion, desde el céntimo recibido hasta el enfermo curado, las medicinas empleadas, las sábanas repartidas, sin contar esos beneficios que no tienen tarifa ni arancel, que consisten muchas veces en una palabra, en una oracion, en una lágrima, en el consejo que esclarece, en la enseñanza que ilustra; todos esos hechos del espíritu solo desde otras regiones comprensibles y apreciables, y que por lo mismo no encuentran premio en el mundo. Si despues de haber expuesto nuestras vidas, sacrificado nuestros cortos intereses, combatido á la muerte, y materialmente desinfectado los aires; si despues de esto no merecemos la aprobacion de los altos poderes del Estado, quede escrita nuestra protesta, que si no la acoge la justicia de los hombres, aun nos resta la justicia de Dios.»

Firmaban este documento los Sres. D. Federico Perez Campuzano, D. Julio Vizcarrondo, D. Joaquin María Ruiz, D. Vicente Morales Diaz, D. Julio Prats y Estopiña, D. José Reus y García, D. Carlos Barreiro, D. Cristino Martos, D. Vicente Romero Giron, el marqués de la Florida y D. Carlos Massa y Sanguinetti; y en verdad que no faltaba razon á los firmantes. Nosotros diremos más.

Conocemos á algunas personas del partido moderado y de la union liberal, y á muchas ajenas á la política, que tomaron parte en la obra salvadora. La asociacion de los *Amigos de los Pobres* no preguntaba á

nadie de dónde procedía: aumentaba el número de sus adscritos sin que los que primero llegaron pidieran su filiacion á los que despues venian. Era que el espíritu público se levantaba, que se formaban numerosas huestes de hombres de todas clases, ideas y condiciones para enarbolar la bandera de la caridad; sublime bandera, con la cual lucharon y vencieron contra los horrores del contagio.

No sabemos, no pretendemos saber si habia en los iniciadores del pensamiento un fin político; pero si así fuese, aun así merecerán aquellos nuestro respeto y admiracion y el aplauso y la gratitud del pueblo de Madrid. ¡Ojalá que todos los partidos políticos ofrezcan su actividad y su inteligencia al servicio de los desvalidos, y espongan su vida, como aquellos lo hicieron, por salvar á los pueblos de inmensas catástrofes! Entonces son los partidos más grandes, más dignos de la estimacion pública, que cuando se gastan en luchas mezquinas y personales; es aquel el camino más legítimo de llegar á regir los destinos de un país, merecer su confianza, desterrar el egoismo y cortar el enervamiento de las fuerzas morales.

Uno de los progresistas más ilustrados y dignos que conocemos, entre los muchos dignos é ilustrados de aquel partido, D. Carlos Rubio, ha dicho que Isabel II tuvo en su mano el destruir como un castillo de naipes los proyectos revolucionarios en que él y sus amigos estaban empeñados. «Cuando el angel del cólera, dice, se ensañaba contra la villa de Madrid, árbol que con sus negras y escualidas manos conmovia, haciendo caer sus hojas á centenares, pudo haber venido, visitado enfermos, socorrido indigentes y obtenido los aplausos de todos los pobres y la admiracion de todos los ricos.»

Oportuna es la indicacion del Sr. Rubio y digna de su talento: nosotros creemos que la reina debió venir á Madrid y compartir los riesgos y las glorias, que grandes riesgos corrieron é inmarcesible gloria alcanzaron, de los *Amigos de los Pobres*; pero un deber de imparcialidad nos obliga á presentar los hechos tales como ocurrieron. No pretendemos defender á la reina ni atacar á sus impugnadores.

Haremos historia únicamente.

La reina estaba embarazada y no era muy satisfactorio su estado de salud. Su primer impulso fué venir á Madrid, y así lo anunció á su servidumbre y á los ministros; estos y aquella le aconsejaron primero y le rogaron despues que desistiera de tal propósito. Insistia la reina, y entonces se apeló al recurso de reunir una junta de médicos de cámara, los cuales mani-

festaron que la reina podía disponer de su vida, pero no de la del hijo que llevaba en sus entrañas.

¿Fué débil la reina? Dejamos la contestacion al recto juicio de sus amigos y de sus contrarios.

Por lo demás, debemos añadir que la reina, profundamente conmovida al saber las desgracias de que la poblacion de Madrid era víctima, dió orden para que se pusiera á disposicion de los desvalidos las sumas de dinero necesarias, ya que no podía ir á socorrerles en persona.

Esta es la verdad. Si á la reina se la hubiera dejado, hubiera venido á Madrid. Alguien contribuyó á evitarlo que no debemos nombrar por respeto, pues nada es para nosotros más respetuoso que el infortunio.

## XXII.

Ocupémonos ahora de los trabajos é intentonas de los partidos revolucionarios.

A pesar de las precauciones tomadas por el gobierno, estaba preparada una sublevacion el verano de 1864. Contábase para llevarla á cabo con parte de las tropas acuarteladas en la montaña del Príncipe Pio, apoyadas por varios otros militares y por muchos paisanos comprometidos en el movimiento. Era su jefe el general Prim, que desde que se entibieron sus relaciones con el duque de Tetuan á consecuencia de la expedicion de Méjico, se unió á los progresistas, decidido á llevar al poder sus hombres y sus doctrinas. Fracaso el proyecto por una delacion, y aunque fueron presos algunos sargentos y cabos, estos se portaron leal y noblemente no declarando nada de lo que sabian, enmendando de este modo como conspiradores la falta que habian cometido como soldados. A consecuencia del descubrimiento de este complot, el general Prim fué desterrado á Astúrias y hubo de aplazar los trabajos revolucionarios.

El año de 1865 los partidos progresista y democrático, unidos ya para derribar todo lo existente, creian asegurado el triunfo, pero tambien se frustraron sus intentos.

Hé aquí cómo refiere los sucesos de aquel año el adalid de la república unitaria D. Eugenio García Ruiz:

«El 29 de Abril de 1865, á la raíz de la espantosa carnicería del 10, debió tener lugar el alzamiento de Valencia con su guarnicion, para donde salió el general Prim; el de la Mancha, con tres ó cuatro regimientos de caballería, á donde fué el general Latorre, y tambien el de Zaragoza, á donde fueron

el Sr. Rivero y el que esto escribe. El alzamiento no tuvo lugar. El pueblo siguió retirado en el Aventino.

El 2 de Junio siguiente se acercó el general Prim desde Francia á las puertas mismas de Pamplona, que debió sublevarse con la ciudadela y la mayor parte de la guarnicion. Pamplona permanece tranquila, y el pueblo sigue retirado en el Aventino.

El 10 de Junio siguiente, esto es, á los ocho dias justos, el general Prim, atravesando el Mediodia de la Francia, se embarca en Marsella y llega á las aguas de Valencia; penetra en esta ciudad, en donde se encuentra sus mejores amigos de Madrid, quienes le aseguran de palabra lo que ya le han dicho por escrito, esto es, que toda la guarnicion, á la cual secundará el pueblo, está dispuesta á sublevarse si él se pone á su frente: todo está ya dispuesto; las tropas puede decirse que en orden de batalla; el éxito parece asegurado de antemano; pero en el instante mismo de empezar es preso el coronel Alemany, titubean los otros jefes comprometidos, el paisanaje no se mueve, y el general Prim, abandonado de todos, logra salir, en medio de terribles peligros, de la ciudad, y ganar á los tres dias, en una triste barca pescadora, el suelo berberisco. El pueblo sigue retirado en el Aventino, esperando que el hado le vuelva á la ciudad, y la union liberal sustituye caprichosamente en el poder al partido moderado histórico.»

Este nuevo fracaso no desanimó á los revolucionarios. Varias tentativas, que no pasaron de proyectos, demostraron que el partido progresista estaba decidido á seguir luchando bajo la bandera de *todo ó nada*. Mucho se habló por entonces de alianzas entre progresistas y algunos hombres ó fracciones de ideas conservadoras, pero los periódicos liberales desmintieron estas versiones (1).

El partido progresista rechazaba toda clase de coaliciones: creia tener elementos bastantes para luchar y vencer.

(1) El periódico *La Iberia*, en el número correspondiente al 12 de Agosto de 1865, decia estas palabras:

«En estos momentos se habla de si el partido progresista contraerá compromisos, hara alianzas con los enemigos del pueblo, con partidos que, aunque quisieran ser liberales, no podrian serlo, porque no está en su naturaleza, porque si lo fueran, dejarían de ser lo que son. ¡Qué insensatez! El partido progresista, el gran partido liberal español no ha de tender una mano á la reaccion que se va, y á quien siempre ha combatido; no ha de comprometer su nombre, su crédito, la pureza de su historia, para que no acabe la enfermedad que está corroyendo á España hace tantos años, y que siempre hemos procurado extirpar. No cabe alianza, no, entre los liberales y los unionistas; no cabe engaño entre ellos y nosotros. ¿Por ventura no nos han dado ya muestras de lo que son? ¿Qué crédito hemos de dar á sus palabras los que les hemos visto romper tantas solemnes que nos han dado? Si ahora se presentan liberales, es porque les conviene ser hipócritas; pero bajo el disfraz que han adoptado llevan oculto el puñal con que quieren asesinarlos, y no tan oculto que no veamos relucir la hoja envenenada. Méenos paz podemos tener con ellos y méenos alianza que con los que se nos presentan francamente reaccionarios, porque estos son más traidores: aquellos son el puñal y estos el veneno; aquellos nos presentan la batalla en campo abierto, estos nos presentan lazos y emboscadas.»

Llegó el 3 de Enero de 1866.

El general Prim se hallaba en Villarejo, provincia de Madrid (para cuyo punto habia salido de la capital el dia antes, con pretexto de llevar á cabo una partida de caza) acompañado del brigadier D. Lorenzo Milans del Bosch (1), del comandante de artillería D. Manuel Pavía (2), de D. Francisco Monteverde y de D. Carlos Rubio. La insurreccion estaba concertada para dicho dia, y D. Juan Prim creia contar con fuerzas del ejército bastantes para formar una respetable division, en cuya confianza habia nombrado respectivamente auditor de guerra é intendente militar á los Sres. Monteverde y Rubio. Esperaba además que el país correspondiera al movimiento revolucionario, que no habiendo podido efectuarse el dia 1.º se habia fijado definitivamente para el 3.

Las esperanzas del general Prim no se realizaron, pues la guarnicion de Alcalá y otros cuerpos que estaban comprometidos para sublevarse, no pudieron llevar á cabo sus propósitos: solo se unieron á aquel general las fuerzas de los regimientos de caballería de Bailen y Calatrava, que estaban acantonados en Ocaña y Aranjuez, y cuyo número de soldados apenas excedia de 700, mandados por los comandantes Bastos y Terrones. El héroe de los Castillejos, que no es hombre capaz de titubear ante los obstáculos, por grandes que estos sean, tomó algunas medidas para generalizar el movimiento, al cual habian ofrecido su apoyo muchas personas importantes de los partidos liberales. Escoda y el Noy de las Barraquetas salieron para Cataluña la misma noche del 3, llevando proclamas que no pudieron llegar á su destino, porque habiendo sabido los expedicionarios en el tránsito que eran perseguidos, tuvieron precision de romperlas.

El gobierno adoptó las disposiciones oportunas para perseguir á los sublevados. De estas disposiciones y de la retirada emprendida por las tropas rebeldes pueden formar juicio nuestros lectores por el siguiente relato hecho por el distinguido escritor D. Carlos Rubio (3):

«El dia 4 partimos para Fuentidueña y rompimos el puente... La noche de este dia la pasamos en San-

(1) A la Revolucion de 1868 debe el empleo de teniente general.

(2) Por efecto de la Revolucion de 1868 es brigadier.

(3) Necesitando reducir nuestro trabajo á estrechos límites, hemos renunciado con sentimiento á insertar en este resumen histórico las biografías de los hombres de la Revolucion que no han tomado asiento en el Congreso Constituyente. Por eso no publicamos el estudio biográfico que teniamos preparado referente á D. Carlos Rubio, el valiente y desinteresado progresista, que siendo el primero en los dias del peligro, rechaza con decision despues de la victoria el tomar una parte en el botin que otros ménos animosos se disputan.

ta Cruz de la Zarza, donde nos proveimos de algunos caballos que nos hicieron falta. Allí tomé yo mi jaca perla, que me hizo el honor de caerse al suelo conmigo en cuanto quise montarla.

»El dia 5 nada ocurrió de particular.

»El dia 6 atravesamos la línea férrea en Tembleque sin novedad y sin noticias de nadie, pensando llegar á Manzanares, descansar allí veinticuatro horas, dirigir un manifiesto al país y pasar á Andalucía, donde podriamos hacer prosélitos en tanto que los Merinos cerraban la entrada de Despeñaperros. A las doce de la noche, el presidente del comité de Herencia dió aviso de que tres trenes, compuestos de treinta wagones cada uno, y todos llenos de tropa, habian llegado á Manzanares. Teniamos á la espalda á Zavala, á cuatro leguas, y nos era imposible empeñar un combate con la tropa que nos salia al encuentro mandada por el general Concha. Despues supimos que el general Concha no disponia de tanta gente como se nos habia dicho; pero lo supimos demasiado tarde.

»A consecuencia de la primera noticia nos pusimos en marcha, y sobre un terreno pantanoso y con no poca lluvia nos paseamos hasta llegar á Villarrubia de los Ojos de Guadiana.

»El dia 8 recibimos noticias de que Echagüe y Serrano del Castillo mandaban tambien algunas columnas que venian á perseguirnos, y nuestra situacion era crítica, porque Zavala no estaba de nosotros á más distancia de tres leguas; pero nada de esto nos apuraba, vista la subordinacion y examinado ya el valor de nuestros soldados.

»El dia 9 nos pusimos en marcha al salir la luna; le pasamos en casa del general Prim, y allí los soldados tuvieron un festin digno de los del Gran Capitán, que cuando no podia hacer otra cosa, dejaba á los suyos saquear su casa.

»El dia 10 estuvimos en Navahermosa, marchando por un camino detestable, pero sin que nada nos ocurriera.

»El 11, tambien por mal camino y tambien sin ocurrirnos cosa alguna, llegamos á Belbís de la Jara, donde nunca agradeceré bastante á mis paisanos el recibimiento que me hicieron. He tenido el gusto de verlos despues en Madrid, cuando ya el sol de la libertad habia roto las nieblas de la reaccion, y he sentido que mi impotencia despues del triunfo me impidiera pagarles, como merecian, el entusiasmo que entonces mostraron y los sacrificios que por nosotros hicieron.

»El dia 12, siempre sin noticias, pensamos pasar el Tajo y marchar sobre Madrid por la carretera; pero nos fué imposible pasar el puente de Talavera y el puente del Arzobispo. Nos fué por lo tanto necesario retirarnos á Campillo, uno de los peores pueblos que he visto en mi vida.

»El dia 14 pasamos el puerto de San Vicente, en que perdimos algunos caballos, en que se nos desherraron otros, y en que pudimos, segun yo creo, aprovechando la situacion del terreno, que es detestable, pero que hábilmente estudiada sirve para un golpe de mano, apoderarnos de Camino y su division.

»El día 15 tuvimos algunas noticias de las fuerzas que nos perseguían, y que parecía que estaban jugando al juego de los despropósitos. Pasamos el vado del Guadiana, el vado de las Ventas, amagando un movimiento sobre Miegadas, y atravesando Villanueva de la Serena para ir á dormir al Haba. Este día perdimos un sargento con cuatro ó cinco hombres que se habían quedado á herrar. Tal vez hubiera sido conveniente apoderarnos del ferro-carril y aprovechar la ocasion para dar un golpe de efecto, jugando el todo por el todo.

»D. Juan Prim no quiso; sus razones tendria.

«Fué esta una de las jornadas más fatigosas de nuestra marcha.

»El día 16 llegamos á Bienvenida, donde descansamos sin novedad, pero tambien sin noticias de ningun género.

»El día 17 pudimos haber copado á Camino en Segura de Leon, punto muy estratégico; pero fuimos á Fregenal de la Sierra.

»El día 18 se decidió por fin el general á permitir que atacásemos á Camino; pero dió la casualidad de que este día, no sé quién ni cuándo, le trajo la noticia de que una fuerza muy superior á la nuestra estaba á media jornada de nosotros.

»Salimos pues de Fregenal á las ocho de la noche, y á cosa de las dos de la mañana acampamos á una legua de allí, en un sitio que no era muy propio para combate, sobre todo de caballería; pero que era el único de que podíamos disponer.

»El día 20, despues de pasar por Encinasola, entramos en Portugal, y el día 21 entregamos los caballos y armamento.

»Una de las razones que hubo en toda la marcha para no copar la division de Camino, fué que teníamos que perder una jornada.

»En cuanto al último parte, que como he dicho no sé por quién ni cuándo se dió al general Prim en Fregenal, el mismo Sr. Camino nos manifestó en Portugal que era falso.»

D. Eugenio García Ruiz, despues de referir estos sucesos, termina su relato con las siguientes frases:

«¡Y el pueblo seguía retirado en el Aventino! ¡Y la España entera vió impasible la bandera de la Revolucion levantada, sin pensar siquiera en sostenerla en parte alguna! Unicamente lo intentó Madrid por medio de algunos patriotas, y la escasa guarnicion de Alcalá de Henares por conducto del desgraciado capitán Espinosa (1): los patriotas de Madrid fueron engañados y vendidos, tocándole una gran parte en la desgracia á la redaccion de *El Pueblo*, en donde se hicieron 18 ó 20 prisiones, á causa de haber faltado á la palabra empeñada no pocos jefes de diferentes cuerpos de la guarnicion, y el primero un comandante del regimiento de Isabel II, que no sabemos cómo dará cuenta de su conducta á los hombres serios, á quienes repetida y formalmente garantizó la sublevacion de dicho regimiento, de la cual dependia la de otros varios.»

(1) Fusilado á los pocos dias por sentencia del consejo de guerra.

Quedan explicadas las jornadas de Enero de 1866 por la pluma de dos hombres importantes de la Revolucion. Por nuestra parte debemos añadir que si la columna de Prim no fué batida se debió á la voluntad del general O'Donnell, que cuando adquirió la seguridad de que los sublevados emprendían un movimiento de retirada, convencidos de que el país no correspondía á sus fundadas esperanzas, encargó á las columnas expedicionarias que no provocaran accion alguna, evitando de este modo el verse en la precision de sujetar á un consejo de guerra al héroe de los Castillejos.

El resultado del movimiento de Enero no desanimó al general Prim. Los trabajos revolucionarios continuaron. Un manifiesto (1) que el jefe de la sublevacion publicó en Portugal, fué causa de que el gobierno de esta nacion dispusiese que Prim y sus principales amigos fuesen expulsados del territorio lusitano.

Desde entonces circularon en Madrid noticias varias y contradictorias respecto de la residencia del general Prim y de sus trabajos revolucionarios, y aunque no ha llegado el dia de dar detalles ni estos son bastante conocidos, es lo cierto que desde el mes de Mayo se esperaban nuevas intenciones, y que el gobierno no dió pruebas de gran perspicacia, justificando la version que corrió de que dejaba obrar á los revolucionarios con objeto de aniquilarlos por completo el dia que levantaran la cabeza.

Los trabajos de Prim y sus correligionarios continuaban con asombrosa actividad, y llegaron á contar con elementos bastantes para luchar con el gobierno. Este se habia preparado á resistir á los revolucionarios con un proyecto de autorizaciones que fué presentado á las Córtes y aprobado por bastante mayoría, la cual al concederlas revistió al poder constituido de una dictadura, que despues se volvió contra el mismo partido á quien le fué otorgada.

Todos los hombres de accion del partido progresista estaban preparados para la lucha al empezar el mes

(1) En este manifiesto se leen las siguientes líneas:  
«Mas por haber entrado en Portugal, ¿he terminado mi obra? ¿Me declaro vencido? No, y mil veces no. Los inconvenientes materiales que me obligan á descansar un dia, cesarán en breve. Las fuerzas de la Revolucion en España son las mismas que antes; la necesidad de la Revolucion es la misma tambien. Aunque yo no tomara parte en ella, la Revolucion se haria, y yo soy incapaz de faltar á mi puesto de honor. Animo, españoles; el dia de la redencion se acerca; tenemos de nuestra parte la fuerza y el derecho; hemos comenzado la lucha por el pueblo y para el pueblo, que no puede morir. Nadie ceje. Nuestros adversarios nada pueden esperar de sí mismos, sino de nuestra debilidad. Para sostenerse necesitan no perder un solo encuentro, y una sola victoria nuestra nos dará el triunfo. Españoles: más fé y más ánimo que nunca. Españoles: ¡Viva la libertad! ¡Viva el progreso! ¡Viva la soberanía nacional!»

de Junio de 1866; se emprendieron los trabajos de organizacion, desplegando las personas en ello empeñadas constancia y energía, de que no hay muchos ejemplos. Por fin se dió la órden de ataque, que debia producir tanto mejor resultado, cuanto que eran poderosos los elementos y se contaba con sorprender al gobierno. Madrid debia inaugurar la sublevacion el dia 24 de dicho mes, y el mismo dia Prim secundaria el movimiento entrando en España por Irun, y Milans del Bosch por Cataluña. En Valencia, para donde salió de la córte el 21 D. Manuel de Llano y Pérsi, en Zaragoza y en la mayor parte de las provincias de España apoyarian la Revolucion los comités del partido progresista.

El centro revolucionario de Madrid tenia acordado el plan de insurreccion. La artillería, acuartelada en San Gil, se pondria en armas y el parque quedaria á disposicion del pueblo. Armado este, recibiria el auxilio de los regimientos del Príncipe y de Asturias, acuartelados en la montaña del Príncipe Pio, y se dirigirian todos al ministerio de la Gobernacion, con objeto de apoderarse del telégrafo y auxiliar el establecimiento del gobierno provisional, que inmediatamente comunicaria á las provincias comprometidas la órden de pronunciarse, y á las restantes el aviso de haber triunfado la Revolucion. El general Pierrad era el jefe militar del movimiento en Madrid, y tenia formulado su plan para la colocacion instantánea de los paisanos armados, de los demás batallones con que contaba y de las piezas de artillería en los puntos más estratégicos, como igualmente para prender en sus casas á varios generales adictos al gobierno.

Dos circunstancias imprevistas fueron fatales para los sublevados:

Primera, la necesidad de anticipar el movimiento.

Segunda, la sangrienta escena ocurrida en la madrugada del 22 de Junio en el cuartel de San Gil.

Hé aquí cómo nos da á conocer la primera D. Julio Sigüenza en la biografía que, magistralmente escrita, ha publicado del general Pierrad:

«Ya en 12 de Junio se presentó á Pierrad un comisionado del comité central de la córte con objeto de escoger punto donde llevar á efecto el movimiento, que lo fué Madrid; por lo que, despues de varias conferencias con sujetos de gran confianza para él, como Uzuriaga, Monteagudo y otro, se convino que el general Pierrad marcharia á Madrid en el coche correo, acompañado del dicho Monteagudo y de Elorza, el comisionado de que ya hemos hablado; haciendo el viaje desde la ciudad de Sigüenza en ferro-carril, y desde este punto, donde debia disfrazarse de paisano catalan, á Guadalajara, en tercera

clase, hasta Vicálvaro en el wagon de equipajes, y por último á Madrid, en cuya poblacion entró en la mañana del dia siguiente, haciendo la travesia á pié desde Vicálvaro á esta capital. La rapidez de este viaje, hecho con tan buenas condiciones, y el disfraz adoptado por Pierrad, quien desde luego se habia afeitado el bigote antes de entrar en el correo, alejó la menor sospecha de ser descubierto. Ya en Madrid el general, estuvo alojado en diferentes casas de amigos íntimos, como los Sres. Moreno Benitez, Aguirre y Zurita, en las que fué visitado por el señor Becerra y algunos otros, hasta que, convenido todo, se trasladó á una casa de las que dan frente al cuartel de San Gil en la noche del 21, llevándole el uniforme un eclesiástico amigo de mucha confianza.

»Dispuestos al parecer todos los elementos, que consistian en la artillería y algun cuerpo de la guarnicion, y concertado el plan, consistente en la ocupacion del Principal, plaza de Santo Domingo y teatro Real por las fuerzas comprometidas, que podian creerse en número de dos mil infantes, tenian por centro y base defensiva y de retirada el cuartel de San Gil, sorprendiendo al mismo tiempo las fuerzas de ingenieros y guardia civil en sus respectivos cuarteles, por considerarlas adictas á la situacion que entonces regia. Contábase además con fuerzas de carabineros, como así se habia dicho á Pierrad y al capitan de artillería Sr. Hidalgo, jefe con aquel del futuro movimiento, por uno de los oficiales de aquella arma, y que luego desistió de tomar parte en vista de haberse apresurado el dia de la ejecucion del plan. Por parte del pueblo contaban tambien con algunas gentes, que reconocian por jefe á D. Manuel Becerra.

»Desconcertados Pierrad é Hidalgo á vista de aquel apresuramiento en llevar á cabo una insurreccion que debia estudiarse perfectamente, y desconfiados de poder contar con todas las fuerzas que se decia, y ante la retirada del jefe de carabineros, dióse por frustrado el plan revolucionario que debia estallar en la mañana del 18, faltando por consiguiente pocas horas, pues esto sucedia en la noche del 17. Sin embargo, Pierrad encomendó á Hidalgo procurase, si habia tiempo aun, la suspension de aquel acto, que efectivamente logró suspenderse, dando lugar á que los conjurados siguiesen minando la situacion en busca de nuevos elementos, á pesar de ignorarse los que podian provenir de la fuerza del pueblo. Ello es que el plan seguia y con él la confianza en un triunfo seguro para Pierrad y su causa. Pero llega el dia 21, y aparece en presencia de aquel su segundo, Hidalgo, para darle por noticia la imposibilidad de continuar en el estudio de nuevas combinaciones, noticia que sorprendió grandemente al general. Hé aquí las palabras que mediaron entre los dos jefes, y que creemos ser auténticas, ó por lo ménos su espíritu: «—No hay tiempo: mañana se hace el movimiento.—¿Quién lo ha dispuesto? preguntó Pierrad.—Nadie, contestó Hidalgo.—Pues entonces, ¿por qué se hace?—Porque los sargentos me acaban de decir que no quieren esperar más tiempo; que se consideran expuestos á ser descu-

biertos; y de tal manera lo creen, que si al amanecer de mañana no tiene lugar el movimiento, están resueltos á renunciar al compromiso.—¿Pero no debemos esperar al movimiento general? ¿Se encuentran todos los cuerpos imbuidos en lo que respectivamente les toca hacer? ¿Habrá vacilaciones y faltas?—Solo esperan la orden de Vd.—Pero ¿cómo he de echar sobre mí tanta y tan grave responsabilidad? Espérese al ménos que exponga la cuestion al presidente del comité (Aguirre).—No le hallará... repuso Hidalgo.—¿Vd. me responde de la exacta ejecucion de todas las órdenes dictadas por mí? preguntó Pierrad despues de un momento de reflexion.—Sí señor.—¿Está todo corriente?—Sí señor.—Entonces mande Vd. lo que guste, concluyó Pierrad, dispuesto á todo. Nuestras sean la victoria y la gloria...»

»Eran las cuatro de la tarde del dia 21 de Junio de 1866, víspera del dolorosísimo suceso del 22, cuando entraron en la habitacion ocupada por Pierrad D. Joaquin Aguirre y otra persona, á quienes el general, que se encontraba extendiendo algunas órdenes, comunicó el dia y hora del movimiento.»

El hecho del cuartel de San Gil lo refiere con laudable imparcialidad D. Eugenio García Ruiz en su folleto titulado *La Revolucion en España*. Copiamos de él los siguientes párrafos, que resúmen además las terribles jornadas ocurridas en la capital de España el 22 de Junio de 1866.

Dice así el distinguido escritor republicano:

«Comenzaba ya á esclarecer cuando uno de los sargentos se presenta con la carabina á la cara delante de la descuidada oficialidad y la intima la orden de rendirse: mientras el sargento tiene fija la vista en el desventurado coronel, porque contestaba á su intimacion con algunas observaciones, el capitán Torreblanca, que tenía pendiente de su cintura el revólver, le sacó de soslayo y le disparó sobre el sargento. El tiro fué la señal de alarma: los diez ó doce sargentos que esperaban en la habitacion inmediata, creyéndose perdidos al sentir la detonacion, se arrojan ciegos de furor sobre sus jefes disparándoles sus carabinas. ¡Horror! Quedan tendidos sobre el pavimento, bañándose en su sangre, el infeliz coronel y cuatro ó cinco más entre jefes y oficiales, siendo el primero el capitán Torreblanca; dos ó tres logran salir del horrible sitio como de milagro: estos que escapan, y algunos otros oficiales que no se hallaban en el cuarto de banderas, arengan á parte de la tropa para que permanezca fiel al gobierno, pero son víctimas de su celo; surge de todo esto una confusion inmensa y aun alguna lucha en el interior del cuartel; los batallones comprometidos de la Montaña, al ver que no sale la artillería á la plaza de San Gil de la manera que se les habia dicho que saldria, *al ver que no se va en triunfo al Principal*, titubean un poco y dan con esto lugar á que el coronel del Príncipe les arengue, y, si se exceptúa una compañía que bajó en medio de los mayores riesgos á unirse á los sublevados, se vuelven contra estos haciéndoles desde la altura un fuego espantoso. Ni los sar-

gentos, ni Hidalgo, ni Pierrad pueden hacer que salgan en orden ni las veintiocho piezas ni los tres batallones de plaza; piérdese en esta operacion un tiempo el más precioso; van en esto emisarios llenos de espanto á avisar al gobierno, quien, merced á tanto contratiempo como experimenta la naciente revolucion, recobra paulatinamente el aliento; empieza á dar disposiciones, y con ellas logra que se conserven fieles los demás cuerpos de la guarnicion; refuerza el real palacio y más el Principal, cuya toma por los sublevados hubiera sin duda alguna proporcionado á estos la victoria, y desde este momento puede contar con seguridad que la Revolucion nace con poca vida, porque nace horriblemente desordenada. La artillería del cuartel del Dos de Mayo olvida sus compromisos y se vuelve contra la otra artillería sublevada; el regimiento de Búrgos no da ni un hombre á la Revolucion; jefes y oficiales de otros cuerpos comprometidos no corresponden á sus palabras, y aunque al fin lograron despues de un combate horroroso salir del cuartel y recorrer las calles de Madrid hasta la Puerta del Sol las veintiocho piezas de San Gil y la mayor parte de los tres batallones de plaza, ya no fué sino que en espantoso desorden y para sostener con desesperado valor hasta las tres ó las cuatro de la tarde, y desgraciadamente sin concierto y sin verdaderos jefes, una lucha horrible, que costó á las fuerzas del gobierno al pié de *quinientas* bajas entre muertos y heridos, y al pueblo y tropa sublevada lo ménos *doscientas*.

»A todo esto Prim no creia aun perdida la Revolucion: desesperado de ver que la batalla de Madrid se habia perdido y que por la parte del territorio vascongado no puede él hacer nada por la razon ya dicha, sale el 23 para Perpiñan. ¡Aun puede ponerse al frente de los dos batallones de infantería de Bailen que, sublevados en favor de la libertad, vienen por las vertientes del Pirineo bajo la direccion de su teniente más antiguo, el bravo D. Juan Barrios! Pero ¡oh desgracia! El brigadier Milans, que debia ponerse al frente de dicho regimiento, no habia acertado á encontrarle por culpa de un guia, y cuando Prim se acerca á la misma frontera, el regimiento, hostigado por triplicadas fuerzas, entra en territorio francés, y deponiendo las armas, es destinado á los depósitos de Metz y de Besanzon en nuestras antiguas provincias de la Lorena y del Franco Condado, limítrofes á la Alemania.

»La dinastía quedaba á salvo por entonces, y el gobierno presidido por O'Donnell satisfecho y ciego de soberbia por su triunfo. Este le habia comprado bien caro, eso que para cada batallon que permaneció fiel tenia dos ó tres generales, y era preciso hacer pagar á los vencidos todavía más cara su heroica y desesperada resistencia.

»A los tres días del triunfo, esto es, el 25 de Junio, caian en las afueras de la puerta de Alcalá, bajo repetidas descargas de fusilería, *veintium jóvenes sargentos*, y caian á un mismo tiempo, formando una fila de cadáveres sobre el suelo, convertido en un lago de sangre.

»El 27 caian asimismo, envueltos en su propia sangre, y tambien á un tiempo, *diez y nueve!*